

Confundidas, indecisas, promiscuas

*Bisexualidad, identidad
y deseo en un
mundo monosexista*

Daniel Valero

PAIDÓS

Daniel Valero

**Confundidas,
indecisas,
promiscuas**

Bisexualidad, identidad y deseo
en un mundo monosexista

PAIDÓS Contemporánea

1.ª edición, febrero de 2025

© Daniel Valero, 2025

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2025

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4334-6

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 951-2025

Impresión y encuadernación en Limpergraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecíaumento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Antes de empezar	11
Prefacio. Desde que se fue Samuel	13
Introducción. Lo que no se nombra no existe	17
1. Yo, bisexual.	25
2. La historia del término <i>bisexual</i>	34
3. Descubrirte, experimentarte, quererte bisexual	77
4. La bisexualidad contra el sistema monosexista	124
5. Bifobia. Cómo se manifiesta, cómo identificarla y cómo atacarla.	150
6. La experiencia bisexual.	192
7. Activismo bisexual para cambiar el mundo	213
Agradecimientos	229
Glosario	231
Notas	237

Capítulo 1

Yo, bisexual

El 19 de septiembre de 2023 decidí retomar una vieja costumbre y volví a salir del armario, por segunda vez en mi vida, como hombre bisexual.

Lo hice después de casi una década asumiendo mi propia homosexualidad, tanto de manera interna como pública, y después de poco menos de un año reflexionando sobre el efecto que había tenido el tejido social y la forma generalizada de entender (e imponer) un sistema sexo-género concreto sobre mi persona, lo que me llevó a enterrar parte de mi identidad (y de mi deseo) en lo más profundo de mí mismo.

En un principio, mi primera salida del armario como bisexual la hice a los quince o dieciséis años, si mal no recuerdo. Es curioso pensar, a mis treinta, que habría pasado la mayor parte de mi vida identificándome como hombre gay cuando mi comienzo fue ese.

¿Los motivos? La mayoría de ellos los desarrollaremos

a lo largo de este libro. Analizaremos cuáles son las razones por las que esta situación no es tan inusual como podría parecer y por qué existen tantas personas bisexuales que deciden guardárselo para sí mismas, no saben que podrían serlo o, incluso, han logrado convencerse a sí mismas de que no lo son.

Para hacer un primer resumen y dado que empiezo poniendo mi caso personal como ejemplo, recuerdo que rara vez las reacciones a mi salida del armario tuvieron el carácter incondicional que podría haber esperado si, en lugar de bisexual, me hubiese declarado gay. Los comentarios clásicos abundaban, como el tradicional: «Sí, es muy común pasar por una fase así mientras averiguas qué te gusta de verdad». Mucha gente iba más allá y me aseguraba que solo estaba buscando una forma de comunicar mi homosexualidad de manera más «paulatina», para evitar un mayor impacto o el miedo que podría darme nombrarme así de forma directa. De hecho, me hace especial gracia recordar cómo fueron las reacciones cuando, un par de años después de declararme bisexual, comencé a salir por primera vez con un chico y se desató el festival del «te lo dije»: «¿Ves? ¡Ya sabía yo que al final acabarías tirando por los tíos! ¿Has visto cómo tenía razón y eres gay?». En aquel momento, la horda de comentarios llegó a convencerme, pero ¿no es increíblemente risible que consiguieran convencerme de que no era bisexual porque había empezado a salir con un chico? Es decir, ¿no se supone que precisamente la gracia de ser bisexual es que esa posibilidad existe todo el tiempo, al igual que las otras?

El caso es que, con el paso de los años, llegué a sentirme más cómodo identificándome como gay que como bisexual.

Al fin y al cabo, soy, desde que tengo uso de razón, un chico con pluma. Mi expresión de género no fue nunca excesivamente femenina, pero tampoco entró nunca dentro del canon de la masculinidad hegemónica: mis amaneramientos, mi voz, mi timidez, mi forma de comunicarme, de expresarme, de vestir, e incluso mis gustos gritaban «maricón» a los cuatro vientos. No había una sola persona en mi día a día, ya fuera en espacios de ocio, en clase o más adelante en el trabajo, que no asumiera directamente mi homosexualidad sin yo tener que decir absolutamente nada.

Explicar una y otra vez, en bucle, que no era gay, sino bisexual, para a continuación oír, prácticamente cada vez, una retahíla no deseada sobre si el receptor de la información creía o no en la bisexualidad, sobre si tenía novio o novia, sobre si parecía mucho más esto o lo otro... era absolutamente agotador. Me lo acabé creyendo yo mismo también. ¿Cómo iba a ser bisexual y cómo iban a gustarme las tías si me volvía loco cuando llegaba Eurovisión y mi cantante favorita era Lady Gaga? ¿Estamos locos?

Esa era otra. Las tías. ¿De verdad iba a atreverme a ligar con alguna cuando mi pluma era tan evidente y era más que conocido que, a esas alturas, la mayoría de mis relaciones y escarceos estaban siendo con tíos?

Dentro de mí, además, empezaba a sentir una especie de desequilibrio. Me había costado varios años aceptar y entender mi forma de hablar, de expresarme, la cierta (podemos llamarla) feminidad que emanaba. Había tardado muchísimo tiempo en no solo asumir, sino también querer y apreciar mi pluma. ¿Debía intentar esconderla o suavizarla si quería mantener la opción de relacionarme sexual y sentimentalmente con mujeres? ¿Quizá era más

sencillo ser leído y entendido como gay y no tener que preocuparme de corregir si «perdía aceite», si me sentaba con las piernas más o menos cruzadas o si empleaba demasiado tiempo hablando de qué me había parecido el último *single* de Britney Spears?

Pasaron muchos años hasta que comprendí que mi expresión de género no tenía por qué estar reñida con mis gustos sexuales. Mientras tanto, con todo este compendio de situaciones, acabé asumiendo (y creyendo yo mismo) mi propia homosexualidad. Me sentía cómodo identificándome como hombre gay, manifestando tranquilamente un tipo de expresión de género que, durante años, creí que era patrimonio exclusivo de esta identidad, y convenciéndome a mí mismo de que un lío de una noche tonta con alguna chica de vez en cuando era «algo aislado», y que sencillamente era un hombre gay que no manifestaba especial fetiche por la masculinidad, por lo que era más «abierto» a la hora de elegir parejas sexuales. ¿Sabéis esos hombres que dicen ser completamente heterosexuales a pesar de que están en aplicaciones como Grindr buscando sexo esporádico con otros hombres, pero no se consideran bisexuales porque es «solo sexo, nada romántico, sin mariconadas»? Pues su versión contraria también existe.

Demos un salto temporal. Con el paso de los años, diversas situaciones y elementos comenzaron a confluir en lo que, poco después, se convertiría en mi decisión de volver a utilizar el término *bisexual* para identificarme.

Una de las claves estuvo en mi proceso de formación en cuanto a temas de sexualidad y género. Me hizo falta

comprender no solo que la bisexualidad se invisibiliza y se borra, sino también que se malinterpreta, se deslegitima y se intenta encuadrar dentro de unos cánones que te aprisionan cuando intentas cumplirlos y te expulsan cuando no eres lo suficientemente rígido en tu expresión, en tus actos y en tus prácticas.

La otra clave fue comenzar a relacionarme en espacios y grupos más cercanos a las experiencias y realidades queer o, sencillamente, más abiertos en cuanto a las ideas que generalmente aprendemos de las imposiciones del sistema sexo-género.

Es sorprendente cómo cambia tu propia forma de ver el mundo cuando te das cuenta de que no todas dan por sentadas las mismas cosas que nos han hecho creer que debemos dar por sentadas. Tu visión cambia cuando encuentras espacios donde las formas de relacionarse, de interpretarse y de interpelarse mutuamente no dependen de unas directrices que, de forma aparente, casi todas hemos seguido de forma ciega, sin preguntarnos demasiado de dónde vienen ni por qué.

Tras varios meses marcados por diversas experiencias, muchas conversaciones y una profunda reflexión, tomé la decisión de recuperar la «etiqueta» que en su momento ya había utilizado. Por supuesto, se me pasó por la cabeza innumerables veces si valdría la pena, si no volvería a verme asediado por comentarios no solicitados, negaciones a mi identidad, burlas a mi pluma y un largo etcétera. Si embargo, comprendí que identificarme como bisexual iba mucho más allá de mí mismo: era una decisión política con un objetivo a largo plazo.

Eso sí, antes de entrar del todo en materia, creo que es

importante visibilizar algunas de las reacciones a mi (segunda) salida del armario, ya que podrían ayudar a entender cómo funciona y qué ventajas e inconvenientes conlleva visibilizarse abiertamente con una identidad que no solo es disidente, sino también rupturista dentro de las identidades más comunes que encontramos en los márgenes.

Debido a mi situación como figura pública por mi actividad como divulgador y creador de contenido en redes sociales, tomé la decisión de narrar mi salida del armario en un vídeo que compartí en mis diversos perfiles.

La decisión puede ser más o menos polémica y, por supuesto, innecesaria a ojos de gran parte de la población. Las salidas del armario en forma de comunicado, como si la persona protagonista estuviera respondiendo a la filtración de un vídeo sexual íntimo que ha subido a las redes sin querer (al más puro estilo Paquita Salas), están demodé desde hará ya un par de décadas.

Sin embargo, mi contenido en redes sociales presta especial atención a visibilizar y normalizar las disidencias sexuales y de género, a ejemplificarlas, a hablar de ellas sin tapujos para mostrar a quienes podrían sospechar (o saber) que son parte de la comunidad LGTBIQ+ que no hay nada de malo en ello. A su vez, a las personas que no forman parte de la comunidad, mi objetivo es ayudarlas a entender mejor nuestras realidades, ponerles cara y acercarnos para evitar que otros (generalmente, grupos y partidos cercanos a la ideología ultraderechista) utilicen el desconocimiento que aún existe sobre nosotros para vender la idea de que somos personas peligrosas, aprovechadas o incluso pederastas por naturaleza.¹ Con todo esto en mente, decidí compartir mi experiencia, como tantas otras, en

mis redes sociales por si había personas que hubieran pasado por experiencias similares a la mía y que, tal vez, necesitaban sentirse acompañadas o validadas en ellas.

A las pocas horas, el vídeo rozaba el millón de reproducciones en las distintas redes sociales en las que fue compartido. Acumulaba, también, un par de miles de comentarios. Me sorprendió especialmente cómo generó opiniones de todo tipo, con particular intensidad las de burla, odio y, sobre todo, las de cientos y cientos de personas que no me conocían y que negaban categóricamente que yo pudiera ser una persona bisexual.

Algunos de los comentarios eran:

- Es bisexual y la única vez que ha visto una vagina fue en el libro de Biología de 3.º de la ESO (compartido varias decenas de ocasiones y con varios cientos de «me gusta»).
- Es bisexual porque se las come de dos en dos.
- Este maricón de mierda dijo que le gustaba una tía hace una semana y media y ya se va a las manifestaciones con la bandera bisexual.
- Que se haga una foto comiéndose un coño.
- Otro maricón queriendo llamar la atención.
- No, amor, solo eres un guarro.
- Sigues siendo mariquita seas bi o no.
- Lo orgulloso que está de ser mitad hetero... Que las orientaciones sexuales son sociales, dice. Amor, ¿entonces sí que te pueden reconducir con terapias? Si no es algo biológico, seguro que sí.
- Los gais copian a las mujeres en todo y como ahora muchas chicas se identifican como bisexuales, ellos

se ponen a hacer la *performance* también para encajar en su grupo de amigas.

«Han pasado diez años, ¿por qué sigue siendo esta la reacción?», me pregunté. No os preocupéis: responderemos a esta pregunta. A esta y a muchas otras que surgen de esos comentarios y que quizá ya os estén causando cierta curiosidad.

Por supuesto, ni muchísimo menos todo fue odio y burla (aunque se dieron en cantidades ingentes). También encontré decenas y decenas de comentarios de personas que aprovechaban para contar cómo habían pasado por procesos semejantes y que, durante años, se habían asumido monosexuales (heterosexuales, gais o lesbianas) pese a saber que, de alguna manera, no encajaban del todo en la definición de una persona que sentía atracción de forma exclusiva por personas de un supuesto género contrario.

Leyendo mensajes, comentarios e historias de otras personas, especialmente de edades similares a la mía, me di cuenta de que la experiencia era bastante compartida: el sistema sexo-género de nuestra sociedad, occidental y capitalista, había aplicado sobre nosotras dispositivos de regulación social (en forma de bifobia) y violencias correctivas cuyo objetivo había sido mantenernos en un camino concreto: el de la monosexualidad.

Por monosexualidad entendemos la incapacidad de una persona por sentir atracción por personas de más de un género. Una persona monosexual es aquella que se siente sexual y/o románticamente atraída exclusivamente por personas de solo uno de los géneros binarios, ya sean hombres o mujeres. Una persona heterosexual (que siente atracción

por el género contrario) es monosexual; un hombre gay (que siente atracción exclusivamente por otros hombres) o una mujer lesbiana (que siente atracción exclusivamente por otras mujeres), también.

La monosexualidad, antes de que lleguemos a conclusiones equivocadas, no es nuestra enemiga. Nuestro objetivo no será en ningún momento aludir a una supuesta «falta de naturalidad» de la monosexualidad, ni imponer que una opción sea mejor que la otra. Lo que sí tomaremos como enemigo que batir será el monosexismo.

El monosexismo es la estructura social que opera a través de la presunción de que todo el mundo es, o debería ser, monosexual.²

El monosexismo no es solo una cuestión personal, no se trata simplemente de algunas personas que niegan la existencia de la bisexualidad. El monosexismo es sistémico, está vinculado de manera inherente al heterosexismo,³ al cissexismo,⁴ a las estructuras patriarcales⁵ y a las estructuras sociales capitalistas que conforman lo que llamamos el sistema sexo-género.⁶

El monosexismo es, así, uno de los pilares fundamentales del sistema social que mantiene un clima de dominación de unas personas sobre otras en función de su identidad de género y su orientación sexual. Estudiar cómo combatir y dismantelar el monosexismo será clave para erradicar la opresión y la discriminación no solo de las personas bisexuales, sino de todas aquellas subyugadas al sistema sexo-género.

O, dicho de otra forma, cuando acabamos con el monosexismo, todas, absolutamente todas, nos volvemos más libres.